

---

## La educación para el trabajo y la inclusión social

---

Emilio Pauselli<sup>1</sup>

Estos dos conceptos han estado ligados desde hace muchas décadas y dicha relación era consistente en sociedades de pleno empleo. Una demanda sostenida de trabajadores hacía del aprendizaje de profesiones y oficios una vía segura no sólo de inclusión sino de ascenso social para las personas.

La gradual desaparición de la economía doméstica o de autoconsumo y el crecimiento de la economía de mercado impulsó fuertemente al aprendizaje de oficios. Significó un hito en la liberación social de millones de personas, especialmente mujeres y jóvenes, que de esa manera pudieron ampliar su capacidad de elección y no seguir forzosamente los mandatos de la tradición familiar.

Pero la evolución de ese proceso se ha visto interferido por el desarrollo que siguieron nuestras sociedades a partir de la forma en que se generalizó la incorporación de tecnología<sup>2</sup> orientada a la producción de ganancias. Se ha roto la relación entre el crecimiento de la producción y el crecimiento del empleo. Un trabajo humano cada vez más productivo hizo que la demanda de trabajadores fuera mermando hasta la actualidad donde el

empleo constituye una oportunidad de inserción social sólo para una parte – variable – de los integrantes de una sociedad.

La desaparición de las sociedades de empleo<sup>3</sup> ha asignado un nuevo valor a la formación profesional y a la capacitación para el trabajo. Estas acciones educativas adquieren eficacia en tanto se relacionan con demandas reales de mano de obra que, por lo general, o no existen o son muy limitadas<sup>4</sup>.

Sin embargo, el discurso normalizado sigue hablando de educar para que las personas puedan conseguir empleo. Ha quedado atrás, esperamos, la ilusión noventista de que los excluidos de América Latina se iban a insertar en el mercado como microemprendedores. La imposibilidad de producir y vender para sociedades pauperizadas ha estado a la base del fracaso de esas estrategias. No ha sido justamente la falta de espíritu de trabajo o de capacidad emprendedora lo que ha frustrado esta salida, ha sido más bien el resultado de una distribución regresiva del ingreso que achicó la capacidad de consumo de grandes poblaciones<sup>5</sup>.

Este final abrupto del paradigma donde lo valioso era ser un trabajador especializado y con el dinero percibido acceder a la esfera del consumo, significa un

---

<sup>1</sup> Consultor en temas de Desarrollo Organizacional y Educación para el trabajo

<sup>2</sup> *El fin del trabajo*. Jeremy Rifkin

<sup>3</sup> *Miserias del presente. Riqueza de lo posible*. André Gorz

<sup>4</sup> Ya a finales de los 80 el CINTEFOR organizó varios coloquios donde se diagnosticaba que las actividades de formación profesional no tendrían impacto masivo en la incorporación de las personas al mercado de trabajo debido al carácter de los cambios que ese mercado había sufrido en Latinoamérica.

<sup>5</sup> *Microcrédito: una industria sin clientes*. Pauselli, 2002

retroceso de ese proceso liberador que estuvo a la base de las sociedades de pleno empleo. Pero a diferencia de aquellos productores para autoconsumo o para pequeños mercados locales estos nuevos grupos que no son incorporados por el mercado de trabajo no tienen bienes de producción –ni aun sencillos-, no tienen tierra para pequeñas producciones alimentarias, se ven sometidos a la competencia de los grandes grupos económicos y, lo que es más grave, no tienen ya los conocimientos culturales que les permitía sostenerse en ese círculo de autosuficiencia.

Esta tensión entre el discurso de la formación profesional y la realidad de la falta de demanda de trabajadores es uno de los terrenos donde se expresa con crudeza la tensión entre la actividad instituyente de las sociedades y la resistencia de lo instituido<sup>6</sup>. Es probable que la falta de opciones de las sociedades actuales para incorporar a la totalidad de sus miembros a procesos productivos y, de esta manera, garantizar su inclusión social, esté a la base de esta resistencia a aceptar que la formación profesional tiene un bajo impacto en la inserción productiva de las personas. Pero para cualquier proyecto de formación profesional que hace seguimiento de sus egresados esto es una evidencia<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup> *La institución imaginaria de la sociedad*. Cornelius Castoriadis

<sup>7</sup> No debatiremos en esta nota ideas primitivas como que las personas sin trabajo no quieren trabajar o que el mercado demanda nuevas competencias. Los que estén interesados en nuestra opinión al respecto, consultar *Sobre premios y castigos. Su relación con la experiencia del trabajo* (Pauselli 2002) y *¿Se ha perdido la cultura del trabajo? o cómo confundir las causas con las consecuencias* (Pauselli 2005)

Esta compleja situación se cruza en la Argentina con el perfil de la educación pública de adultos de la que muchas veces depende la formación profesional y la capacitación laboral<sup>8</sup>. La educación de adultos está concebida casi enteramente como una práctica remedial que apunta a compensar las fallas del sistema educativo que considera al niño en la escuela primaria, al adolescente en la escuela media y al joven adulto en la universidad. Todos los caídos de ese tren de la educación deben ser recogidos por la educación de adultos. Las necesidades educativas de los adultos que han completado exitosamente esos tramos educativos y cuya expectativa de vida se extiende en un mundo cambiante, parecen ser inexistentes en las estrategias educativas actuales.

### **Instrucción y acceso al trabajo**

Como el fracaso en la trayectoria educativa viene acompañado en casi todos los casos por condiciones socioeconómicas de base, dicha educación termina siendo una educación para pobres. Esto es especialmente notorio en las actividades de formación profesional y capacitación laboral del sector público. Mientras que el que puede financiar su propia desocupación accede a carreras – en general en el sector privado o posgrados del sector público

---

<sup>8</sup> Utilizamos “Formación Profesional” para designar aquellas prestaciones educativas que proveen de un oficio o profesión. Utilizamos Capacitación Laboral para designar a aquellas que enseñan habilidades para desempeñar algunas funciones de un oficio. Al egresado de la formación profesional corresponde aproximadamente la calificación que el mercado de trabajo denomina “oficial” y al egresado de Capacitación Laboral la correspondiente a “ayudante” o “auxiliar”.

también pagos – que le parece pueden mejorar su perfil de empleabilidad, aquel que no reúne esas condiciones es un sujeto deseable para al enseñanza pública en esta materia. El mandato dice que si aprende un oficio o algunas competencias laborales tendrá posibilidades de insertarse en un empleo, desconociendo las altas tasas de desocupación entre los mismos egresados de las escuelas técnicas o de las propias universidades e institutos terciarios<sup>9</sup>.

Que la desocupación acompañe casi simétricamente los niveles de escolaridad alcanzados no debe llamarnos a engaño. Evaluemos la siguiente afirmación: *“En el año 2004, la población joven entre 15 y 29 años en la Argentina ascendía al 26,8% de la población total del país, totalizando 9.789.629 personas. La información censal existente nos demuestra que es el segmento de edad con mayores dificultades relativas para insertarse laboralmente, problema que se agudiza cuando no se alcanzan los niveles de escolaridad requeridos”*.

Esta frase está tomada al azar y se puede encontrar en muchísimos documentos, tanto de organismos internacionales como locales, que fundamentan políticas de mejora social. A primera vista nos está presentando una verdad incontestable, cualquiera que haya revisado estadísticas al respecto sabe que, efectivamente, entre la

---

<sup>9</sup> El concepto de desocupación que estamos utilizando incluye los índices propiamente de desocupación más la subocupación medible. A su vez, nos referimos a la falta de aplicación de conocimientos profesionales, como el del ingeniero que atiende un cyber o el yesero que se dedica a la venta ambulante. Veremos que esta última noción tiene importancia para analizar la promesa actual de la educación para el trabajo.

población desocupada predominan aquellos que tienen menores niveles de escolaridad.

Ahora, veamos un poco más en detalle: el mismo texto podría terminar con la expresión “problema que se agudiza cuando no se cuenta con agua potable”, o “problema que se agudiza cuando se ha sufrido o se sufre desnutrición”, o “problema que se agudiza cuando se vive en barrios de menores ingresos”, o “problema que se agudiza cuando se vive en condiciones de hacinamiento”, o “problema que se agudiza cuando se muere de enfermedades curables”, o “problema que se agudiza cuando no se tienen cuentas corrientes en el sistema bancario”, o “problema que se agudiza cuando no se ha viajado a Europa”, y todas esos finales tendrían la misma exactitud estadística que el primero mencionado.

Sin embargo, la afirmación citada es el fundamento de copiosos programas de estudio que suponen, sin ningún fundamento, que esa preparación le permitirá a los excluidos encontrar trabajo. Por el contrario, no se ha pensado en que proveer de agua potable a toda la población, mejorar su acceso a la salud, garantizar la vivienda digna, tenga algo que ver con el trabajo. Menos aun se ha pensado en hacerlos viajar a Europa.

En verdad, la afirmación citada, contiene un enorme, monstruoso, error. Con toda su apariencia de inocencia y de verdad está expresando una mentira mayúscula. ¿Por qué mayúscula? Porque no sólo la realidad no es aproximadamente así, sino que es exactamente al revés. La población que no ha alcanzado mayores niveles de escolaridad ha sido porque ellos o sus padres no han tenido trabajo. La falta de trabajo es la misma causa por la

que no tienen agua potable, viviendas dignas, acceso a la salud, cuentas bancarias y no viajan a Europa.

Se puede decir en defensa de esa frase que, en todo caso, está expresando la verdad de un resultado. Pero no es esa la conclusión que se desprende de ese tipo de expresiones. Las afirmaciones como las mencionadas no se orientan a indicar consecuencias sino causas. Lo que vienen a decir es que, ¡oh!, descubierto el origen del problema –en este caso el bajo nivel de escolaridad- sólo hay que poner manos a la obra: a educar se ha dicho. No hay ningún problema en el sistema, todo funciona bien, sólo hay que ayudar a los retrasados a coger el paso.

### **Qué hacer para ampliar el impacto de la formación profesional**

Creemos, como ya hemos dicho, que la formación profesional y la capacitación laboral son eficaces cuando coinciden con reales demandas del mercado de trabajo. Pero siendo estas demandas escasas también parece limitado el campo de estas prestaciones educativas. Y es efectivamente así cuando la única aplicación de esos conocimientos se relaciona con la venta de los mismos en el mercado. Como indicara Gorz, *“una mujer “no tiene trabajo” si consagra su tiempo a educar a sus propios hijos y “tiene trabajo” si consagra aunque más no sea una fracción de su tiempo a educar a los hijos de otra persona en una guardería o un jardín de infantes”*.

La lógica de trabajar para un mercado que nos remunera con dinero que a su vez nos permite adquirir los elementos que necesitamos para nuestro consumo se ha

roto y no resulta claro cómo se pueda recomponer. Seguir pensando que la formación profesional y la capacitación laboral sólo tienen sentido en tanto habilitan para ser contratados en el mercado de trabajo implica una de dos posibilidades: o se está muy mal informado de lo que ocurre en el mundo o se acepta, sin decirlo, que dicha formación tiene poca importancia en orden a la inclusión social.

La salida del mundo privado que significó la generalización del empleo se hizo a través de un modelo construido históricamente. Así, la sociedad de consumo fue una creación harto trabajosa que apuntó a crear las condiciones para que las personas desearan adquirir los muchos productos que generaba la ampliación de la productividad del trabajo humano. A su vez, la demanda de trabajadores que esa sociedad requirió fue solventada no sólo por los Estados sino por las propias empresas. En la Argentina hasta la década del 70 y principios de los 80 muchas empresas líderes en su rama –FORD, GRAFA, HULYTEGO, otras- tenían sus propias escuelas técnicas para garantizarse la provisión de mano de obra especializada. Esas escuelas se fueron cerrando en la medida que la automatización hacía innecesaria la generación de tantos trabajadores calificados. Actualmente la oferta de trabajadores es excedente y se cubre con recursos que han podido acceder a esa formación a través de la educación pública –todavía relevante en la Argentina- o a través de la educación privada en los casos de las personas que pueden desarrollar estrategias de inversión en su carrera profesional.

La escasez de empleo no es una crisis del modelo, es el modelo. En ese contexto hay que volver a pensar qué

cosas ganamos las personas al poder ampliar nuestras posibilidades de elección a través del acceso al empleo y qué cosas perdimos – innecesariamente – en ese mismo proceso. Porque no parece que sea posible el retorno a la vida de autoconsumo familiar en un mundo interconectado y que ha hecho del respeto a las aspiraciones personales un valor. Pero por otro lado hay que pensar en estrategias que permitan la real inclusión social de un número creciente de personas que no son demandadas por el mercado de trabajo entendido como empleo.

Lo que está centralmente cuestionado es el propio concepto de trabajo. Dicho concepto está construido culturalmente sobre el par inclusión-exclusión<sup>10</sup> que determina a través de las condiciones de desempeño de la actividad qué será considerado socialmente como trabajo y qué no, aunque esté constituido por las mismas operaciones físicas e intelectuales en el mundo. Así, estará trabajando el albañil que contrata una empresa de construcción o el que realiza changas para otros, pero no estará trabajando el que construya o refaccione su propia vivienda o conjuntamente las de sus vecinos si no media una remuneración en dinero. Trabajaré el cocinero de un hotel pero no lo hará el que resuelve las necesidades alimentarias de su familia, y así de seguido. Será un trabajador el músico que cobra por sus presentaciones pero no lo será el que con su talento anima las veladas de su comunidad.

El trabajo, como actividad social, no puede tener una definición unívoca. De hecho ha sido considerado de diferentes maneras en lo que de historia tenemos como

---

<sup>10</sup> *La locura enloquecida*. Ignacio Leikowicz

humanidad. Claro que la sociedad actual expresa una de las comprensiones del trabajo más unilaterales que hayamos conocido. En esta se será albañil, cocinero o músico si nos remuneran por ello: en caso contrario sólo tendremos un hobby o seremos una persona divertida. Nosotros pensaremos que el trabajo es la actividad práctico-sensorial que realizamos las personas para proveernos de los medios que necesitamos para sostener nuestra vida<sup>11</sup>.

Una nueva dimensión del concepto de trabajo también abre nuevas posibilidades para las prestaciones educativas de formación profesional y capacitación laboral. Las personas necesitamos trabajar para estar incluidos en la sociedad pero no sólo a través de la remuneración dineraria, también nuestra capacidad de trabajo nos incluye en la medida que podemos proveernos de esos medios necesarios para sostener nuestra vida<sup>12</sup>.

Así, agregaremos a la idea de que la educación para el trabajo incluye las esferas de la Formación Profesional y de la Capacitación Laboral otra dimensión: la de Educación en Cosas Útiles para la Vida. El modelo de socialización a través de la universalización del empleo ha tenido como uno de sus efectos la pérdida de capacidades y saberes culturales que permiten a las personas incluirse en un todo social a través de otras estrategias. Nuestra hipótesis es

---

<sup>11</sup> No expresamos aquí la idea de “hombre en sociedad” o de “vida social” porque es redundante. No hay ningún “hombre individual” o “vida humana individual” que pueda oponerse a aquellos conceptos. Esto implica que lo necesario para sostener nuestra vida es una construcción cultural,

<sup>12</sup> En el mismo sentido que la nota anterior, el concepto de vida no se refiere a su dimensión biológica sino a su dimensión social –o humana-. La existencia biológica es un supuesto de aquella.

que la reconstrucción de esos saberes tendrá un alto impacto en orden a la calidad de vida de todas las personas y, en especial, de aquellas que no pueden articular totalmente su inserción a través de la modalidad del trabajo denominada empleo.

Un ejemplo inspirado en los servicios de formación profesional brindados por el Ministerio de Educación de la Provincia de Tucumán: dicho servicio cuenta con 60 docentes que enseñan “Cocina” y la opinión de algunas personas es que esos docentes deben acompañar el desarrollo de la industria turística de la Provincia formando en “Cocina gourmet” o “Cocina internacional”. Dejamos de lado el análisis de si existe o no un desarrollo del turismo en esa Provincia, sólo nos formulamos las siguientes preguntas: ¿cuántos hoteles hay en Tucumán?, ¿cuántos restaurantes?, ¿cuántos de ellos no cuentan con cocineros adecuados a la demanda? La respuesta a esas preguntas nos devuelve una cantidad ínfima de solicitudes de trabajadores con esa formación. Pero dijimos que se trataba de 60 docentes, si pensamos en una matrícula de 5 estudiantes por docente estaremos produciendo 300 cocineros gourmet por año. ¿De qué estamos hablando? Pero por otro lado muchas jóvenes tendrán su primer hijo entre los 14 y los 16 años y seis meses después estarán con ese hijo desnutrido en el hospital por no saber utilizar adecuadamente los alimentos disponibles. ¿Podemos seguir pensando que la tarea de esos 60 docentes sólo se relacionará a la inclusión social si educan para el mercado del empleo?, ¿por qué sólo sería valioso su trabajo si formarían alumnos para ser contratados por un mercado que no los demanda? Nuestro concepto de trabajo como aquello que hacemos para sostener nuestra vida nos

permitiría revalorizar las capacidades de esos trabajadores de la educación e incluir sus prestaciones dentro de la dimensión de cosas útiles para la vida desarrollando cursos sobre cocina hogareña que ilustren sobre las tradiciones culturales, la historia del procesamiento de los alimentos en la región, el valor nutritivo de los mismos, las maneras de optimizar su rendimiento y así de seguido.

Claro que siempre se puede decir que el embarazo infanto-adolescente es algo a superar. Y diremos que sí, igual que la desocupación, la pobreza, las enfermedades curables, los abusos de poder y la larga lista de lacras sociales que acompañan a nuestro modelo civilizatorio. Mientras eso se logra, generar una educación que ayude a incluir realmente y no a repetir slogans abstractos y mentirosos puede ser un paso adelante.

La quinta del abuelo que proveía de verdura a la familia pasó a ser obsoleta, la mamá que cosía para sus hijos una muestra de la esclavitud femenina. Lo realmente moderno era tener un empleo y con el dinero percibido ir a comprar a la verdulería o a la tienda. La única manera de sostener ese modelo, y hay países que tienen políticas en esa dirección, es la extensión de programas universales de ingresos. Estas estrategias incluyen desde la modesta asignación por hijo que se está implementando en la Argentina hasta los seguros de desempleo en algunos países europeos, siendo su modelo arquetípico las políticas de ingreso ciudadano. La lógica sería la siguiente: si un Estado administra un modelo de mercado que no incluye a todos los habitantes debe generar formas eficaces de ingreso para aquellos que quedan fuera de la demanda de mano de obra.

Estos modelos plantean otros problemas, como el respeto al derecho de participar en la transformación productiva del planeta y en la creación de la propia vida entendida como cultura. Pero es real que técnicamente permitirían sostener un acceso a medios de vida a través del dinero sin necesidad de desarrollar prácticas productivas ya que estas, decimos una vez más, en el contexto de economías de mercado con aplicación extendida de tecnología estarían disponibles para sólo una parte de la humanidad.

A su vez, la recuperación de capacidades de las personas como productores en distintos aspectos necesarios para la vida, crea la posibilidad de contar con una población crecientemente apta para intentar estrategias de desarrollo de mercados locales. Políticas que intenten financiar esos desarrollos basados en la producción y el consumo local encontrarán una población en mejores condiciones de sumarse a esas estrategias.

Para finalizar: el problema no es la tecnología, esta podría liberar al hombre de trabajos penosos y garantizar la producción de medios de vida de manera suficiente para todos los habitantes del planeta. Tampoco proponemos volver a ser unos “robinsones” anclados en la producción de autoconsumo, entre otras cosas porque la isla en la que naufragamos ya no es nuestra – o nunca lo fue –. Los problemas que esta época plantea en orden a la inclusión social, y por extensión a la producción de subjetividades, son complejos y su superación – no sabemos a qué costo – está en el futuro, ese reino donde todo es posible e imposible a la vez.

La modesta hipótesis que proponemos es que, si analizamos aquellas prácticas productivas que hemos perdido en el proceso de aparición de las sociedades de pleno empleo, encontraremos una serie de saberes productivos que si hoy estuvieran disponibles permitirían mejorar la inclusión social de muchísimas personas. Las prácticas educativas de formación profesional pueden hacer un aporte importante en este sentido, sólo hay que liberarlas del discurso engañoso de que educar para el trabajo es sólo educar para desempeñarse en un mercado.

Incorporar a los conceptos de Formación Profesional y de Capacitación Laboral el de Educación en Cosas Útiles para la Vida no solucionará los graves problemas de inclusión social que tiene nuestra sociedad ni la relación problemática entre educación para el trabajo y ocupación, pero permitiría una utilización más plena de los recursos disponibles –en este caso educativos- y, sobre todo, generaría un impacto en las trayectorias de vida de las personas que puedan reapropiarse de saberes perdidos.

El Mollar, abril de 2010